

DERECHA-CENTRO-IZQUIERDA: ¿UNA TRICOTOMÍA CONVENCIONAL Y EVANESCENTE?

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Pablo Lucas Verdú *

LA DICOTOMÍA DERECHA-IZQUIERDA COMO PROVOCACIÓN

Necesidad de identificar las corrientes y partidos que operan en la vida política

a) Es menester científico identificar a los principales partidos políticos, sea señalando la ideología que les inspira, sea observando sus tácticas para conseguir el poder o controlar desde la oposición al partido, o coalición de partidos, dominantes ¹. Ahora bien; este examen académico tropieza con una dificultad: la subjetividad del observador de los partidos no logra sortear prejuicios y estimaciones favorables, o desfavorables, sobre las fuerzas políticas que analiza. El estudioso de los partidos es incapaz de alcanzar la objetividad del entomólogo, o del biólogo, porque la realidad sociopolítica es distinta de la observada por estos últimos.

b) La *provocación* partidista impide la exacta identificación derecha-centro-izquierda. Las descalificaciones entre los partidos, particularmente en períodos electorales y luego en las disputas parlamentarias, son, además, obstáculos para identificar con precisión a cada partido.

* Sesión del día 22 de junio de 1999.

¹ Sobre las condiciones partidarias, *cfr.* el excelente estudio de ADOLF SCHÜLE, «Koalition vereinbarungen», en *Lichte des Verfassungsgesetz. Eine Studie zur deutsche Lehre und Praxis mit einem Dokumenten Anhang*, J. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübinga, 1964.

El impropio, frecuente en la lucha partidaria, choca con el *fair play*; hiere el *idem sentire respublicam*. Además, turba al investigador en su tarea investigadora.

c) En principio, la identificación utilizó términos descalificadores que –es curioso– fueron aceptados por los presuntos ofendidos, aunque no en todos los casos, pero sí tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos.

En Francia, el jacobinismo mostró un talante peculiar que se aplica a algunas personalidades políticas². Con la terminología provocadora, se pretende forzar al contrario para que manifieste su auténtica posición política, intentando *desenmascarar* al adversario. Así, la izquierda llamará a la derecha reaccionaria. Esta última acusará a la izquierda de comunista o anarquista. El centro intentará ponderar sus adjetivos, pero sufrirá los dictérios de desleal por parte de la derecha y de compañero de viaje de la anterior por la izquierda.

Naturalmente, los vituperios contra el centro dependen de su fuerza electoral y, sobre todo, del número de parlamentarios con que cuente. También es claro que si la derecha o la izquierda necesitan su apoyo parlamentario ahorrarán calificativos ofensivos.

Como es sabido, Carl Schmitt³, calificado de derechas en el período weimeriano y luego incorporado al nacional-socialismo, reconducirá la lucha política a la contraposición existencial amigo-enemigo, en cuanto eje principal de su pensamiento, de modo que el neutral no cabe dentro de esa dicotomía. Así pues, el centrismo carecería de identidad.

Tópicos identificadores de la derecha, de la izquierda y del centro

Me interesa aclarar que aquí no empleamos el término tópico según Aristóteles: silogismo didáctico que nos capacita para discutir. Ni en el sentido que lo utilizó Melchor Cano para designar los lugares relevantes de la Teología.

² En España, recientemente se calificó al candidato socialista a las elecciones generales para el Congreso de los Diputados, José Borrel, como jacobino.

Sobre el jacobinismo, *cfr.* LUCIEN JAUME, *El jacobinismo y el Estado moderno* (trad. de Elena Cano e Iñigo Sánchez-Paños), Instituto de España, Espasa-Calpe, Madrid, 1990 (págs. 15-18).

³ CARL SCHMITT, *Der Begriff des Politischen. Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Korollarium*, Duncker und Humblot, Berlín, 1979.

Tampoco me refiero a la posición adoptada por Viehweg sobre este asunto ⁴.

Utilizo tópico en el sentido que recoge María Moliner en su conocido *Diccionario de uso del español*, vol. II, Gredos, Madrid (1998), pág. 1258: «Sentencia, opinión, etc. que la gente repite mucho, o tema de conversación al que se recurre muchas veces para hablar de algo». Uno de los rasgos que se atribuyen a la derecha es el respeto de la tradición ⁵. Ahora bien, este rasgo identificador no me parece, en la actualidad, adecuado por la siguiente razón:

Es obvio que el tradicionalismo español integró al carlismo durante el siglo pasado, pero, por otro lado, existió un romanticismo liberal. Mientras al primero se le calificó de reaccionario, al romanticismo liberal se le consideró progresista, defensor de las libertades burguesas. Además, surgió un conservatismo defensor del orden establecido que acogió, con limitaciones, los derechos individuales.

Se ha dicho que la izquierda, en concreto el socialismo, se caracteriza por la defensa no sólo de la igualdad, y por su crítica del *establishment*, además se basa en el resentimiento social, inspirándose en el concepto de Max Scheler sobre éste ⁶.

Se ha señalado la ceguera y el egoísmo de la aristocracia del Antiguo Régimen que se negó, rotundamente, a renunciar a sus privilegios frente a la burguesía durante la Revolución Francesa. Esta posición hay que matizarla, puesto que Lafayette y otros nobles liberales defendieron la Declaración de 1789 y abandonaron sus privilegios.

Sin embargo, el príncipe Kropotkin desveló esta actitud considerando la astucia de los privilegiados: su renuncia fue recompensada con las ganancias que obtuvieron en el mercado liberal individualista.

⁴ THEODOR VIEHWEG, *Tópico y jurisprudencia*, Taurus, Madrid, 1969. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, *Tratado de Filosofía del Derecho*, tomo II, Universidad de Sevilla, 1977, pág. 64, escribió lo siguiente, mentando la obra del autor alemán: «... en Aristóteles la tónica está al servicio de la didáctica, cuando, por el contrario, en Cicerón la tónica sirve más a la retórica».

⁵ Cfr. *La izquierda en la era del karaoke*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997. En la intervención de NORBERTO BOBBIO, en el coloquio sobre el tema, sostuvo que la derecha representa el tradicionalismo (pág. 26); mientras que aquélla subraya más la diversidad, la izquierda antes la igualdad que la diversidad (pág. 63). Cfr. también del mismo autor: *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política* (trad. de Alessandra Piccone), Santillana, S.A., Taurus, 1995 (págs. 136 y sigs.). Ahora bien, ¿no hablan algunos de la tradición socialista? Sobre el conservatismo, cfr. ANTHONY GIDDENS, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales* (trad. de Luisa Rodríguez Tapia), Cátedra, 1996 (págs 18 y sigs.).

⁶ MAX SCHELER, *El resentimiento en la moral*, Espasa-Calpe, Madrid, 1938 (pág. 225).

Así, los aristócratas liberales se aburguesaron ocupando puestos relevantes en la banca, en la Administración y en la justicia. Esto contrasta con algunos liberales burgueses, que pronto se desencantaron de las inicuas condiciones del capitalismo. Ejemplo claro fue el del economista y constitucionalista suizo Simón de Sismondi⁷.

Es curioso observar que notorios anarquistas como los condes Bakunin y Tolstoi y el príncipe Kropotkine, asumieron ideas progresistas. Se esté de acuerdo o en contra de sus ideas, y sin olvidar la importancia de sus famosos escritos, tuvieron el coraje suficiente para criticar las injusticias de su tiempo. Esta consideración puede aplicarse también, *mutatis mutandis*, a Karl Marx y a otros autores de formación cristiana. De esto se desprende que el resentimiento político-social no es nota exclusiva de la izquierda, porque del mismo modo la derecha se resiente en la medida en que, abrumada por la amenaza del extremismo izquierdista, consintió en tolerar, e incluso en cooperar, con la extrema derecha fascista y nacional-socialista en el período de entreguerras, fenómeno denominado por Erich Fromm, *La huida de la libertad* (Fondo de Cultura Económica, Madrid y México, 1956).

Por consiguiente, el resentimiento puede darse en diversos movimientos políticos. Es una pulsión política utilizada por motivos tanto agresivos como defensivos característicos de épocas críticas, con convulsiones alarmantes que amenazan la estabilidad del orden social en sentido contrapuesto⁸. Así, la dinámica izquierdista exige la supresión de los obstáculos tradicionales, expresión ya utilizada en el siglo XIX por el progresismo enfrentado con la reacción⁹.

En cuanto al centro, comprobamos que concibe a la derecha como posición obsoleta por su inmovilismo, e intenta «comprender» a la izquierda, aunque, al

⁷ SIMÓN DE SISMONDI, *Estudios sobre las constituciones de los pueblos libres* (trad. de don León José Serrano y don Felipe Picón García, bachilleres en Derecho), Madrid, 1843, Imprenta de la Amistad, Calle Jardines (págs. 211-213).

⁸ Sobre el resentimiento constitucional y el entusiasmo constitucional, *cfr.* mi artículo «Conciencia y sentimiento constitucionales (examen de los factores psicopolíticos como integradores de la convivencia política)», en *Anuario de Derecho Constitucional y Parlamentario*, Asamblea Regional-Universitaria de Murcia, núm. 9, año 1997 (págs. 67 y sigs.), *El resentimiento constitucional y el entusiasmo constitucional*.

⁹ El término *obstáculos tradicionales*, si no me equivoco, fue empleado tempranamente por el conde CABARRÚS, que escribió, a principios del siglo XIX, *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública*, Vitoria, 1808, Edición de Ovejero, Madrid, 1933.

El artículo 9.2 CE también habla de remover los obstáculos que impiden la plenitud de la libertad y de la igualdad.

mismo tiempo, le asusta su inclinación, a veces retórica, a aventuras radicales. Teme que aquella retórica se transforme en medidas más o menos demagógicas. Abona el reformismo, que entiende no emprende con decisión la derecha, y no admite el radicalismo izquierdista.

Admitido lo anterior, ¿cabe sostener que también en el seno centrista se albergan tendencias derechistas y pulsiones izquierdistas? Este es el riesgo que tiene que sortear. Por un lado, quiere enmendar los obstáculos tradicionales; por otro, pretende precaverse ante los excesos de la izquierda. El centrismo reformista desea mantener un equilibrio entre derecha e izquierda. Posición difícil de mantener, aunque no es imposible. ¿Por qué? Por la evidente comprobación de que su ideario conserva parte del acervo derechista, pero también puede «comprender» parte de la utopía izquierdista.

Dicho de otro modo, hereda un sector del pensamiento conservador: orden, paz, en cuanto tranquilidad del orden, pero no se opone a ciertas modificaciones e innovaciones de la izquierda ajustadas al ordenamiento constitucional. Por ejemplo: acepta el postulado del artículo 9.2 CE, pero vigila cómo, cuándo y en qué medida se realiza esa transformación sociopolítica.

Según el centrismo, hay que olvidar, o al menos mitigar, los sentimientos resentidos de la derecha y de la izquierda.

En consecuencia el centrismo reformista, si quiere ser fiel a su mensaje, deberá evitar cuidadosamente el ingreso en su partido de prófugos de las posiciones contrapuestas si comprueba que los recién llegados acuden resentidos porque no consiguieron sus objetivos cuando militaban sea en la derecha o en la izquierda.

La experiencia histórica lo corrobora: las tendencias centristas son despreciadas por la derecha y la izquierda convencionales. La primera considera a los centristas traidores, y la segunda, compañeros de viaje de la derecha. Es sabido que para los partidos social-comunistas de entreguerras y para el partido único de la URSS el moderantismo era una expresión pequeño-burguesa del capitalismo, y para los fascistas, un partido residual destinado a desaparecer. Cuando la lucha por el poder se polariza por fuerzas irreconciliables (derecha e izquierda), el porvenir centrista se debilita y su destino parece oscuro. En cambio, su papel puede aumentar cuando la situación socioeconómica es próspera; entonces su apoyo electoral se incrementa. El no-resentimiento de un auténtico centro reformista le favorece y puede superar los imperativos propagandísticos de la izquierda que le acusa de

derecha pura y dura, que se enmascara, que intenta sublimar el complejo residual derechista ¹⁰.

Circularidad de los partidos: derecha-centro-izquierda

Es una representación gráfica del *ser* y del *estar* de dichos partidos. La dinámica política (electoral-parlamentaria), que brota inicialmente en el Estado-sociedad (representación política) pasando al Estado-aparato, manifiesta una circularidad que corre entre ambas facetas del Estado. En la faceta del Estado-sociedad operan los candidatos que aspiran, agrupados en listas electorales, a ingresar en las Cortes Generales ejerciendo un mandato representativo (artículo 67.2 CE) si bien la práctica electoral-parlamentaria lamentablemente no se ajusta a este precepto.

La circularidad partidaria se concreta, eficazmente, dentro de las Cortes Generales, institución del Estado-aparato. Transcurre entre el gobierno, sea éste de un solo partido con mayoría suficiente, o con una coalición partidaria dentro del gobierno, o con el apoyo de uno u otros que no figuran en aquél. Se configura la dialéctica gobierno-oposición característica de las democracias liberales.

La circularidad típica del gobierno-oposición supone la *alternancia* en el ejercicio y control del poder. Aunque la oposición la emprenda sólo un partido, a veces puede encontrar apoyo en otros grupos parlamentarios, pero intervienen todos los grupos parlamentarios apoyando, oponiéndose o absteniéndose. La dialéctica parlamentaria es una circularidad divisoria sobre la continuidad del equipo gubernamental, cuyo resultado puede ser favorable al partido, o coalición de ellos, o adversa, produciéndose su caída y la convocatoria de nuevas elecciones. Así, la circularidad parlamentaria dentro del Estado-aparato retorna a la circularidad del Estado-sociedad que, a su vez, volvería al Estado-aparato.

Se dan casos en que el gobierno supera a la oposición pero puede quedar quebrantado, como evidencia un resultado favorable por escaso número de votos. Puede ser una amenaza a su permanencia. Los comentarios de los *media* y su impacto en la sociedad civil son importantes para suscitar un próximo resultado adverso al equipo gubernamental. Todo ello es una manifestación viva. Política como expresión vital.

¹⁰ Según S. FREUD, la sublimación "... es un mecanismo de defensa del yo, que consiste en una situación que ampara la renuncia a una pulsión o a un deseo prohibido. Aplicación de la energía del impulso instintivo (libre) a objetivos sociales y culturales (*cfr.* FRIEDRICH DORSCH, *Diccionario de Psicología*, Herder, Barcelona, 1985, pág. 760).

Lucha por el mantenimiento en el poder o por conquistarlo otras formaciones políticas. Alternancia, no menos vital, que en las democracias evidencia la *salud* de las instituciones parlamentarias y de una representación política adecuada. La alternancia en el poder, deseada por la sociedad, puede manifestar la grandeza y/o la flaqueza de una democracia.

La circularidad partidaria supone una interdependencia entre los grupos políticos tanto en el Estado-sociedad como en el Estado-aparato. En el primero, la dialéctica partidaria se manifiesta como reto-respuesta. Los partidos de diversa ideología y extracción social se hostilizan entre sí para captar votos mediante la propaganda. Aprovechando presuntos, o reales, escándalos que afectan al adversario. No es raro que estas acusaciones deparen resultados contraproducentes en el caso de que se demuestre su inexactitud.

No obstante, la corrupción que afecta a las democracias, más o menos opulentas, puede suscitar el acuerdo tácito de fuerzas políticas opuestas que prefieran dar de lado a tales acusaciones porque, en definitiva, perjudican a los partidos mayoritarios y benefician al centro y a otros partidos interpuestos que alardean de su *pureza política*, de no haberse contaminado ¹¹.

El reto y respuesta suscita otro desafío y réplica, y así sucesivamente. Hay, pues, una tendencia a convertir algunas sesiones parlamentarias –por ejemplo el discurso sobre el estado de la Nación– en un espectáculo transmitido por los medios a una audiencia más o menos amplia. Cuando estas disputas son casi interminables, e incluso tediosas, pueden perjudicar a la democracia discutidora, en la cual quienes la contemplan tienden a verificar cuál de los contrincantes, el presidente del gobierno o el líder de la oposición, ha mostrado más capacidad dialéctica, mejor soltura o dotes de convicción. Empero, dicha espectacularidad, si no contempla medidas factibles y metas sugestivas, acaba por defraudar. Es sabido que la democracia discutidora fue atacada por el fascismo, por el nacional socialismo y por el socialismo extremo en el período de entreguerras.

Parece que el enfrentamiento derecha-izquierda, en el caso anterior, favorece al centro si consigue demostrar la evidencia e infructuosidad de tales contro-

¹¹ El tema de la corrupción política es clásico. Desde una posición que podría denominarse cínica, y otros llamarían realista (Maquiavelo, Guicciardini), se considera inevitable, e incluso aprovechable. Así, los movimientos políticos emergentes de índole autoritaria o totalitaria han subrayado la tendencia a la corrupción de la democracia. Aristóteles y Polibio señalaron, el paso de las formas políticas puras a las impuras mediante una circularidad que transcurre desde las formas políticas puras a su degeneración, y vuelta a empezar. J. B. Vico, con su teoría de la *corsi e ricorsi*, sustituyó este esquema cíclico por otro en espiral.

versias. La circularidad interpartidista: centro reformista-izquierda (socialistas e Izquierda Unida)-partidos nacionalistas, muestra que unos partidos dependen de otros median acuerdos previos: centro reformista-nacionalistas tanto parlamentarios como extraparlamentarios; sea ocasionalmente entre PSOE e Izquierda Unida, no frecuente, frente al gobierno o en la composición de los parlamentos de las comunidades autónomas, o en las elecciones municipales.

Es curiosa la posición de PNV: por un lado, apoya al gobierno en las Cortes Generales y, por otro, mediante pactos, firma acuerdos con Eusko Alkartasuna, Eusko Herritarrok e Izquierda Unida del País Vasco con propósitos independentistas.

¡La táctica y la estrategia partidistas deparan resultados sorprendentes para una mente ingenua! De esta forma, los enemigos de ayer son los amigos del presente. En este caso, la bipolaridad schmittiana se quebranta en la medida en que la identificación del amigo y del enemigo no es constante. Eusko Alkartasuna, enemigo del PNV, se convierte automáticamente en amigo. Lo mismo puede decirse de ambos, ahora respecto a Eusko Herritarrok. Además, no hay que olvidar la dudosa coincidencia de Izquierda Unida con su corresponsal vasco sobre la posición actual de este último respecto a la autodeterminación. Lo escrito hasta aquí corrobora que no es raro que las posiciones doctrinales, ideológicas y socioeconómicas no sean, en todo momento, constantes. En efecto:

a) El Partido Popular (reformista), cuyo origen fue la desaparecida Alianza Popular, ahora se autocalifica de centro-reformista; el PSOE abandonó, hace tiempo, el marxismo; los partidos minoritarios vascos e Izquierda Unida Vasca se orientan a la independencia.

b) Populares, socialistas, peneuvistas y alkartasunos coinciden con la política económica de mercado. No así Eusko Herritarrok.

c) Populares, socialistas y Unidad Alavesa rechazan lo anterior pregando su adhesión a la Constitución; Izquierda Unida la acata, pero pide su reforma. ¿Acaso sus correspondientes autoidentificaciones dificultan, o no, la distinción entre derecha, centro e izquierda que nos ocupa? ¿Nos encontramos ante una afirmación convencional o evanescente? ¿La práctica partidaria relativiza sus correspondientes ideologías?

La identificación de la derecha, del centro y de la izquierda como tarea científico-práctica

Es obvio que identificar un partido político depende de consideraciones tanto teóricas como prácticas.

Y esto ¿por qué? En primer lugar, porque la especulación teórica puede incurrir en abstracciones que no corresponden a la evolución histórica de las fuerzas políticas. Una visión histórica de éstas puede olvidar la práctica real partidaria, la cual no coincide con su significado y actividad real.

En segundo lugar, porque la evolución de los partidos depara resultados diversos a la unilateralidad de la investigación histórica. Ésta es valiosa para señalar los orígenes y desarrollo de las fuerzas políticas pero no identifica certeramente su situación presente.

Desde el enfoque teórico, el observador de los partidos examina, por supuesto, su ordenación estatutaria, su ideología y actividad contrastándolas con las de los otros partidos concurrentes en los procesos electoral y parlamentario.

Según el enfoque práctico, se consideran los partidos comprobando la procedencia de sus líderes y liderazgo, y la calificación que el electorado y la opinión pública les adjudican según las encuestas fiables aparecidas en los *media*. También se investiga el lugar que cada partido ocupa en el espacio político social, es decir, en el Estado-sociedad, y en qué medida sus representantes parlamentarios la mantienen en el Estado-aparato (gobierno y parlamento).

Hay que añadir que al identificar certeramente a los partidos, tarea compleja, sorprende, a veces, comprobar que el lugar en que, según afirman sus líderes y seguidores, se ubican, no es exactamente el que indican. ¿En qué medida ocurre esto? Las exigencias de la táctica y la estrategia pueden producir la *derechización* de la izquierda y la apertura de la derecha a tópicos considerados, hace tiempo, propios de la izquierda en los países integrantes de la cultura político-constitucional euroatlántica.

En cuanto al centro reformista, sin olvidar sus precedentes derechistas, tiende a inclinarse unas veces a la posición de la derecha y otras a la de la izquierda según la coyuntura política.

Aunque esta posición es oscilante, en algunas ocasiones puede satisfacer a los sectores escasos de la izquierda desilusionados, y otras a los de la derecha,

en la medida que les preocupan las tendencias maximalistas. El éxito, que no debe exagerarse, del Partido Popular estriba no sólo en su desprendimiento de AP, sino también en su política reformista. Ello supondría el apoyo de la vieja derecha y de los grupos socialdemócratas, democristianos y liberales incorporados. No obstante la importancia numérica de la corriente reformista-centrista de la sociedad civil puede ser contrarrestada por los *media* controlados por intereses socioeconómicos suficientemente conocidos, por grupos económicos y mediáticos que apoyan a la izquierda convencional.

Conviene insistir en que identificar correctamente a los partidos es una cuestión más compleja de lo que parece. Sorprende a veces que el lugar que ocupan en el mercado partidario no cuadre exactamente con el que afirman sus respectivos líderes; de modo que el investigador debe comprobar esas afirmaciones tanto en el campo electoral como en el parlamentario, y, si es el caso, si cuando consiguen el poder siguen la orientación política prometida.

Al electorado, más o menos ingenuo, puede escandalizarle que el partido votado, identificado con una ideología concreta y unos fines determinados, una vez conseguido el poder, siga una orientación política no siempre concorde con la prometida en la propaganda electoral, ni con las discusiones, las entrevistas y las declaraciones de sus dirigentes, y que se aparte de éstas en cuestiones concretas, más o menos capitales.

Este fenómeno es característico de la democracia discutidora. También ocurre en otros regímenes políticos no democráticos, basados en un partido único. La diferencia estriba en que en el primer caso el partido, o coalición de partidos gobernantes, al no ajustarse a sus quimeras, puede ser sancionado con la pérdida de votos en próximas elecciones.

Caso distinto es el de los partidos opositores que consensuan en el gubernamental. Si mediante el consenso consiguen influir en la orientación política del gobierno, podrán alardear ante sus electores de que han logrado imponer algunos de sus objetivos.

Ahora bien, si las materias consensuadas no son importantes o no coinciden del todo con el proyecto político de la oposición, pueden también desconcertar a sus votantes. La consecuencia es la pérdida de apoyo electoral.

Estos supuestos son característicos de la lucha política, de modo que los que quieran participar en ella deberán calcular, de antemano, los pros y los con-

tras de sus consensos. Éstos fueron utilizados desde el inicio de la democratización del país frente a la dictadura anterior, reflejándose en la elaboración de la Constitución, como es bien sabido. También se sabe que en momentos graves que amenazan la estabilidad política —golpismo militar, alteraciones alarmantes del orden público, cuestiones de política internacional que afectan a los intereses mencionados— se reproducen los acuerdos entre el gobierno y la oposición.

La experiencia política apunta que el mantenimiento en el poder de un partido durante mucho tiempo suscita, en ocasiones, y aunque cuente con mayoría absoluta, efectos significativos que a la postre se reflejarán en los resultados electorales, a saber:

- a) Cansancio de los votantes, con su correlativa desilusión.
- b) Crítica del *spoil system*, en tanto que no es posible satisfacer a todos los pretendientes con prebendas administrativas.
- c) Escándalos financieros, corrupción, atribuida tradicionalmente a la derecha y ahora actualizada por la izquierda (no toda ella).
- d) Falta de *sensibilidad constitucional*, que roza la inconstitucionalidad, etcétera.

Esta actitud suicida, además de su inmoralidad, engendra frustraciones. Daña el sentimiento constitucional, degrada a la clase política, hiere a la justicia, defrauda a la sociedad, cediendo el paso al *resentimiento constitucional*, es decir, a que sectores sociales desconfíen de la Constitución y susciten propuestas de su reforma que en el fondo ya no sirven. No es honesto atribuir a la Ley Mayor la causa de tales males. En definitiva, lo importante no es *tener Constitución*, sino *estar* en ella. Respetarla y cumplirla.

APROXIMACIÓN CONCEPTUAL A LA DERECHA, AL CENTRO Y A LA IZQUIERDA

Aspectos antropológicos¹²

En los movimientos políticos se percibe una concepción antropológica dentro de una cosmovisión. No me extenderé mucho sobre esta cuestión, porque

¹² Cfr. ARMIN MOHLER, *La derecha francesa* (trad. J. De Aguilera Gamoneche), Echevarría Europa, Madrid, 1966 (págs. 14 y sigs.). JORGE MARTÍNEZ ALBAIZETA, *Izquierdas y derechas, su sentido y misterio*, Speiro, Madrid, 1974 (págs. 31-32). HENRI ARVON, *El izquierdismo*, Oikos-tau, Barcelona, 1977.

ya lo hice en otra obra¹³. Ahora me interesa aclarar que lo siguiente tiene un alcance indiciario que creo puede ser útil.

Parece que la derecha reaccionaria propende a desconfiar de la naturaleza humana. Según aquélla se concibe al hombre como malo. El fascismo y el nacionalsocialismo se identificaron con esta tesis. Exceptuando al prototipo del *uomo fascista*, mitad combatiente, mitad héroe de ideal romano clásico¹⁴ y al concebido por el nazismo: el superhombre ario puro que dominará el mundo. El estalinismo afirmó la bondad natural del proletario rescatado de la opresión capitalista y recuperado mediante la «ingeniería de almas» para suprimir cualquier residuo alienador. Esta idea se forjó invirtiendo la dialéctica hegeliana en sentido materialista. En definitiva, el hombre es resultado de las relaciones socio-económicas. En la sociedad sin clases la naturaleza explotadora del *homo oeconomicus* desaparecería¹⁵.

Por su parte, el socialismo democrático sostiene que en las condiciones del capitalismo cabe comprobar la naturaleza perversa de los capitalista opresores. La convivencia en un Estado liberal de derecho es imperfecta en tanto persista la concepción del hombre como depredador socio-económico.

Sólo en la medida en que se vaya corrigiendo esa imagen, acercándose con decisión a los postulados de la justicia social, se conseguirá un tipo humano cada vez más benigno. El socialismo democrático se opone al estereotipo de la «mano invisible» de Adam Smith para resolver las injusticias que se dan en la sociedad capitalista. Es una especie de *deus ex machina* que se asemeja a la expresión hegeliana de la «astucia de la razón», como en su colaboración en este número apunta el profesor Pinillos.

Como es sabido, el anarquismo sostiene la bondad natural del hombre, que es mortalmente herida por el Estado y sus aparatos (iglesia, ejército, policía). Sólo cuando esa heteronomía desaparezca, tras la insurrección libertaria, la humanidad será feliz desenvolviéndose dentro de grupos autónomos mediante contratos y federaciones.

¹³ Remito a mi libro, *Teoría de la Constitución como ciencia cultural*, 2.ª edición corregida y aumentada, Dykinson, Madrid, 1988 (págs.73 y sigs.).

¹⁴ GIUSEPPE MAGGIORE, *La política*, Nicola Zanichelli, Bologna, 1941 (págs. 84-85), recoge y comenta favorablemente la imagen del hombre sustentada por Mussolini.

¹⁵ Sobre la conexión entre Hegel, Smith y Marx, cfr. el sugestivo artículo de HARNO NANIVADA, «Smith-Hegel-Marx. Sobre la íntima dependencia de sus doctrinas políticosociales», en *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político*, Salamanca, (págs.16-19), mayo-octubre 1957 (págs. 17 y sigs.).

La esperanza ácrata es una secularización del paraíso, que se produce en este mundo. La acracia es la máxima expresión de un orden bueno. Por otro lado, el socialismo autogestionario ¹⁶ se intentó en Yugoslavia después de la Segunda Guerra Mundial, frente al comunismo soviético. Experiencia interesante y un tanto utópica; desaparecido Tito, y después, es sobradamente conocida la descomposición de dicho país.

No es necesario detenerse en el pesimismo antropológico de la derecha reaccionaria, ni en el optimismo desorbitado de la izquierda, puesto que en las democracias euroatlánticas esas posiciones extremas se han moderado mediante el diálogo, el consenso y la cooperación más o menos auténticos. Así, la tesis del hombre falleciente, mantenida por el maestro Hauriou, sirve para matizar tales posiciones.

Las tesis extremistas se han atenuado en tales países, aunque conviene no olvidar que un neocapitalismo rapaz puede obstaculizar el acuerdo de la derecha responsable con la izquierda democrática. En estas situaciones, un auténtico centrismo reformista mitiga posiciones intensamente contrapuestas.

Por su parte, los movimientos ecologistas, los llamados *verdes*, que recientemente ocupan cargos ministeriales en Alemania, sostienen el retorno de la sociedad a la Naturaleza. En sus continuas protestas, encontramos el eco rusoniano: ¡Volvamos a la Naturaleza! Su actuación, en principio, es loable. Para que sea eficaz, deberán unificarse los diversos grupos que siguen su orientación política no sólo en el ámbito interno, también en el internacional. Desde el punto de vista ético-político, su imagen humana es tendencialmente optimista. Quiero decir que su optimismo se atenúa ante la inconsciencia de la política de los grandes intereses económicos nacionales e internacionales, irresponsables ante los efectos catastróficos que amenazan a la humanidad por su explotación del entorno vital.

Imagen humana de la derecha, de la izquierda y del centro

La percepción del otro, en cuanto animal político, es compleja. Según esto, la objetivación del tipo humano correspondiente a la derecha, a la izquierda o al centro es tarea ardua, porque quien observa las diversas tendencias políticas es obvio que es un sujeto condicionado por su formación cultural, social, religio-

¹⁶ Cfr. RADOMIR LUKIC, *Theorie de l'Etat et du Droit* (trad. de Marc Gjara), Dalloz, París, 1974 (págs. 145; 151; 252; 264-265; 270-271; 280; 283 y sigs.

sa o no religiosa, por su procedencia familiar, etc., como indicamos en páginas anteriores.

A diferencia de las observaciones de experimentos físicos, químicos y biológicos, que son independientes de aquellos condicionamientos excluyentes, y de las recientes prácticas de clonación, de manipulación del genoma humano, etc., cuya justificación ética es problemática, la observación socio-política se subjetiviza, se relativiza en bastantes ocasiones a las inclinaciones partidarias de quienes la realizan.

Si no me equivoco, la comprensión de la derecha, de la izquierda, del centro y de los ecologistas, sus actitudes y comportamientos en la vida sociopolítica, son difíciles de objetivar, porque aquéllos son sujetos que se mueven en esa esfera vital.

Todo observador de esa vida como lucha política debe esforzarse en no identificar sus convicciones con las de los sujetos examinados. Por ejemplo, al interrogar a personas que se presumen previamente o a través de sus respuestas, que se orientan en esta o aquella dirección, es obvio que no debe el encuestador aportar su propia inclinación o simpatía, su rechazo y/o antipatía.

La dificultad para analizar las tendencias políticas desde un punto de vista objetivo estriba en que aquéllas experimentan cambios en virtud de las tácticas y estrategias electorales y parlamentarias.

Por ejemplo, la socialdemocracia alemana del período weimariano sufrió la escisión del socialismo independiente. En el ámbito académico conviene recordar al discípulo de Schmitt, Otto Kirchheimer, quien después de la Segunda Guerra Mundial, en su estancia en los Estados Unidos, matizó su posición¹⁷.

No hay que olvidar que el PSOE modificó su republicanismo con la aceptación de la forma política de la monarquía parlamentaria (artículo 1.3 CE) y suprimió el marxismo como seña de identidad.

Fenómeno paralelo es el cambio de siglas de AP, que recuperó para la democracia a sectores de la derecha clásica mediante el PP, y este último se orienta ahora al centrismo reformista. Espacio disputado por el PSOE por razones elec-

¹⁷ OTTO KIRCHHEIMER, *Weimar und was dann. Entstehung und Gegenwart den Weimarer Verfassung*, Laubsche Verlags Buchhandlung, Berlín, 1930.

torales y parlamentarias. Entonces cabe la pregunta: ¿son centristas el PP y el PSOE? De lo anterior se infiere que la imagen de los líderes, de los candidatos, militantes y simpatizantes no debe confundirse con su estereotipo. Es decir, con una representación parcial a veces confusa de dos partidos que compiten en la contienda política. El observador discreto de esa competición se esfuerza en detectar el debilitamiento de las ideologías correspondientes de cada partido, producido por la urgencia táctica, que les impulsa a captar más sufragios. Así la ideología correspondiente se relativiza a la lucha por el poder.

Los expertos de las formaciones políticas con más posibilidades de éxito —la derecha y la izquierda en el ámbito estatal, y en el de las comunidades autónomas, por ejemplo en el País Vasco el PNV, y en Cataluña Convergencia y Unión— procuran, en su propaganda electoral, atraerse a la franja de los que se abstienen y de los indecisos, de modo que se esmeran en no adoptar programas y tácticas maximalistas.

Caso particular es el de Izquierda Unida, que examinaremos más adelante.

Es un caso especial porque, por un lado, no ocultan su republicanismo, a diferencia del PSOE. Por otro, critican el incumplimiento de los mandatos constitucionales (artículo 9.2 y capítulo III del Título Primero, sobre los principios rectores de la política social y económica CE). El sector aglutinante de esta formación, el PCE, no ha abandonado la ideología marxista actualizada, al contrario que el PSOE. Como es sabido, pretende conseguir el *sorpasso* electoral. Por el momento, pese al transfuguismo de algunos al PSOE, no hay constancia segura de que consiga influjo importante en las próximas elecciones.

El concepto de *imagen partidaria* que en este caso empleamos procede del psicoanálisis¹⁸. Según Gardner y Lewy, la imagen es una fórmula de una estructura simplificada. Es un complejo de ideas, sentimientos y actitudes. En consecuencia, la imagen que describe el investigador de los partidos depende del tipo de hombre que los observa: sus ideas, sentimientos y actitudes.

Por lo tanto, en línea con lo que afirmamos en páginas anteriores, hay que precaverse ante los análisis de los partidos y movimientos realizados por investigadores que son, o fueron, militantes de alguno de ellos. La misma precaución ha de adoptarse respecto a los conversos en una u otra dirección, a los disidentes y a los expulsados de otros partidos.

¹⁸ Cfr. FRIEDRICH DORSCH, *Diccionario de Psicología*, pág. 393.

En muchos casos, los tráfugas y conversos son presas de *resentimiento* respecto al partido que abandonaron o del que fueron expulsados. Su actitud rencorosa no sólo es vengativa, además es interesada, calculada, porque no pudieron prosperar dentro del partido abandonado. Calculada, interesada, porque pretenden satisfacer sus ambiciones en el partido en que ingresan. Por supuesto, siempre que sean aceptados, y aun así serán sometidos a una vigilancia estricta para comprobar su honestidad.

Es claro que hay excepciones notables como Churchill y algunos políticos norteamericanos, dada la estructura y funcionamiento peculiares de los partidos en los Estados Unidos.

El fenómeno de las «conversiones»

Insistamos en la última observación: no todas las conversiones son producto de una fría actitud calculadora.

En efecto, cosa distinta es la conversión profundamente sentida y ajustada a la corrección constitucional. Por ejemplo, renunciando al escaño parlamentario porque precisamente fue elegido por figurar en la candidatura del partido que abandonó. Son casos poco frecuentes. Cuando no es una *conversión* honesta, sincera, es, aunque lo que afirmo sea duro, una auténtica traición. Lo es porque hiera la *constitutional morality* indispensable para el juego limpio parlamentario¹⁹. Además, desacredita a la clase política, que en algunos sectores no goza de demasiado crédito.

Derecha, centro e izquierda como cosmovisiones

Hay una tendencia innata en el hombre a interpretar su posición en el mundo. Esa interpretación puede ser elemental, marcada por su profesión o menester subalterno. Otras veces es reflexiva, consciente, fruto de la especulación teológica o filosófica, antropológica, política. Por supuesto, no topográfica, geográfica, sino producto de una autorreflexión profunda.

¹⁹ Cfr. PABLO LUCAS VERDÚ, «Conciencia y sentimientos constitucionales. Examen de los factores psicopolíticos como integradores de la política», en *Anuario de Derecho Constitucional y Parlamentario*, Asamblea Regional de Murcia, Universidad de Murcia, año 1997 (pág. 70).

La concepción del mundo y de la vida, la cosmovisión de los partidos, no es *patente* sino *latente*, aunque en los viejos partidos confesionales se expresa con claridad. La cosmovisión partidaria se infiere de los programas, de los estatutos y de los mensajes de los principales líderes. Por supuesto, esos documentos, y en su caso discursos, no son filosóficos ni académicos, que no interesan demasiado a sus seguidores ni a sus contrarios. Ahora bien, en la medida en que los partidos políticos mantienen una ideología, ésta contiene referencias a pensadores preocupados por los elementos contenidos en aquélla.

Entre estos elementos encontramos reivindicaciones sobre el entorno vital (ecologistas), referencias a los conceptos de libertad, justicia, igualdad, pluralismo político, a valores y en particular a la dignidad humana en cuanto super norma fundadora de los derechos inviolables que de ella dimanar (artículo 10.1 CE).

El fenómeno secularizador no es exclusivo de la izquierda. También se percibe en la derecha y en el centro. Prueba de ello es la absorción de la tendencia democristiana, primero en la extinta UCD y luego en el PP. La democracia cristiana prosperó después de la Segunda Guerra Mundial. En Italia, por influjo vaticanista en cuanto freno a las orientaciones del partido comunista y del socialismo izquierdista. Es conocido el fracaso democristiano en las primeras elecciones democráticas en España, fenómeno debido tanto a la atenuación del anticlericalismo clásico de los socialistas y comunistas como a la actitud neutral de la Iglesia.

Hay que añadir que los partidos políticos actuales se han convertido en *empresas mercantilizadas* encaminadas a la captura de votos. Quiero decir que sus organizaciones y actividades se desprecupan un tanto de sus correspondientes ideologías para polarizar su acción a obtener, insistimos, resultados electorales favorables. Esto corrobora que el papel desempeñado por ideólogos, pensadores y profesores se orilla, o por lo menos disminuye a favor de economistas, expertos de medios de comunicación, periodistas distinguidos, técnicos en sondeos y, por supuesto, de banqueros y financieros. En esta línea, no sólo los partidos de la derecha liberal, sino también los de izquierdas, son financiados por entidades bancarias o por capitanes de empresas poderosas que en tiempos pasados ayudaban a posiciones más conservadoras.

Por consiguiente, las respectivas ideologías, en cuanto síntesis residual de cosmovisiones, también se aminoran, fenómeno producido tanto en el campo interno como en el internacional. Basta con señalar el importante papel que ejercen los llamados eurotecnócratas en la Unión Europea. En este orden de cosas, no debe sorprender la actitud adversa de los partidos con los homólogos de otros países.

Parece que este fenómeno confirma la tesis del fin de las ideologías expuesta, en España, por el académico Fernández de la Mora²⁰.

Esta tesis, expuesta con brillantez, invita a la reflexión. Ahora bien, sin ánimo de polémica, en este caso y en otros semejantes, cabría hablar más bien de su debilitación. Es un fenómeno euroatlántico, que no se produce en todo el mundo, y acaso puedan las *viejas* ideologías ser sustituidas por otras nuevas. Esta tesis del ocaso ideológico ¿es, tal vez, también una posición ideológica?

Si en el presente las formaciones partidarias tienden a la tecnocracia, ¿puede calificarse esa tendencia como *no-ideología*? ¿Es capaz la tecnocracia de sustituir, o superar, las ideologías presentes? ¿Acaso la tecnocracia es una manifestación postmoderna basada en el hombre tecnocrático, es decir, en un sujeto deshumanizado, atento sólo a la preponderancia de los medios sobre los fines para dominar la sociedad?

Son interrogantes que desarrollaré en otra ocasión. De momento diré que si eso ocurre, el *homo politicus* se deshumaniza en la medida en que es sometido a una técnica encaminada a conquistar y conservar el poder mediante el dominio de los recientes avances técnicos. Así, la *virtú*, la *fortuna* y la *occasio* del pensamiento renacentista, mantenida por Maquiavelo y Guicciardini, representantes de la modernidad, y la imagen del Príncipe cristiano barroco español, son sustituidas por las críticas postmodernos de la tecnificación. El pensamiento *fuerte* cede el paso al pensamiento *débil* de nuestro tiempo.

Volviendo aquí a la posición centrista, podemos plantear este interrogante: ¿Acaso consiste en un zurcido de ideas tomadas de la izquierda y/o de la derecha?

Si es así, el centrismo carece de una ideología precisa, o es una orientación escasamente ideológica. Esa ideología mitigada se aproxima a una *no-ideología*, acercándose a posturas y tácticas tecnocráticas, buscando la eficacia. Su efectividad depende de la coyuntura político-social.

²⁰ GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, *El crepúsculo de las ideologías*, Ediciones Rialp, Madrid, 1965. Cfr. mi crítica, que hoy ampliaría y matizaría en *Principios de Ciencia Política*, Tecnos, Madrid, 1967. Hay ediciones posteriores.

EL CENTRO Y LOS ECOLOGISTAS

Obsesión del centrismo por evitar «ser» o «estar» en la derecha o en la izquierda

a) *Motivos electorales*

Ante todo, si no yerro, el auge del centrismo se debe no tanto a su fuerza atractiva como a motivos de matemática electoral. Conviene precisar que en este epígrafe no me detengo en examinar el centrismo como fuerza independiente porque en páginas anteriores acabo de hacerlo. Ahora me interesa el centrismo reformista del PP.

En un artículo relativamente reciente, Julio Anguita²¹ analiza el *centro virtual*. Más adelante lo comentaremos.

La atracción centrista se debe, insistamos, a que los dos partidos mayoritarios –PP y PSOE– se esfuerzan en captar el voto de ciudadanos no satisfechos por su correspondiente orientación política. Unos consideran que el PP mantiene posiciones del liberalismo clásico y otros que el PSOE no ha prescindido de un izquierdismo obsoleto.

A mayor abundamiento, sectores de la sociedad están impresionados por los escándalos ocurridos, que han deteriorado la imagen de varios partidos. Del mismo modo, los conflictos internos del PSOE (Almunia-Borrell), así como la enigmática actitud de F. González, producen sin duda, si no se resuelven, cierta desorientación entre sus seguidores.

El PP se esmera en demostrar su renovación tanto en sus dirigentes como en su orientación política. Incorporadas personas con antecedentes democristianos y demoliberales, ahora se pronuncia como partido del centro reformista. No olvidemos la incorporación del ministro Piqué al Partido Popular.

b) Si lo que acabo de escribir es acertado; si en el centrismo hay cierta obsesión por no *ser* de derechas o izquierdas y, por lo tanto, de no *estar* en ellas, entonces se explica que apoyen unas veces a la derecha y otras a la izquierda. Una descripción gráfica de sus opciones en cada uno de estos casos corroboraría aproximadamente lo que digo.

²¹ JULIO ANGUITA, «El centro virtual», en el diario *El Mundo del País Vasco*, 5 de septiembre de 1998 (págs. 4-5). Sobre la virtualización, *cfr.*, PIERRE LEVY, *¿Qué es lo virtual?* (trad. de Diego Levis), Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1998.

Es claro que esta función oscilante sería diáfana si el centrismo fuera una formación política independiente, actuando en el Parlamento con un número de diputados y senadores suficientes. Es obvio que esto no sucede en España.

La obsesión por ajustarse a un centro ideal que olvide reminiscencias conservadoras, resistiendo tentaciones socialistas, esta condicionada por una percepción *cartográfica* del espectro político susceptible de cambios. También en el caso de que el centro contase con parlamentarios suficientes, razones tácticas le impulsarían a apoyar unas veces a las izquierdas y otras a la derecha. Es un cálculo oportunista que puede suscitar descontento entre sus militantes y electores. Además, contradice el propósito ideal de ocupar el punto geométrico en el continuo que equidista de las formaciones de derechas e izquierdas. Sin embargo, esto en la práctica es difícil de cristalizar por dos razones: 1) porque es imprescindible, si se pretende *ser* y *estar* en el centro, mantener fidelidad a su partido; 2) porque se corre el riesgo de convertirse en rehén, o compañero de viaje, de cualquiera de las formaciones elegidas.

Teóricamente, la presencia en la vida política de un partido independiente es conveniente, porque puede cumplir una función intermedia entre partidos contrapuestos.

En el caso de que la tendencia centrista prácticamente la absorba el PP, la función intermedia ahora se obstaculiza por estos motivos: el PSOE e Izquierda Democrática recurrirán a acusaciones relativas al inmovilismo y derechismo del PP debido a las reminiscencias derechistas del centrismo. Por otro lado, los populares están interesados en mantener sus señas identificadoras, ahora añadiendo el término *reformista* de modo que la intermediación, más o menos conservadora, propuesta por su sector centrista comprometería su identidad reformadora. Compete, así, a su líder reconocido resolver esta tensión.

Mientras no exista un partido de centro que participe en las elecciones y cuente con suficientes escaños en las Cortes Generales, es obvio que la cuestión de ser y estar en el centro dependerá de la intensidad con que los partidos mayoritarios se ajusten a su ideario.

El caso de los ecologistas

En el fondo, los ecologistas expresan más una concepción del mundo y de la vida que una ideología política. La concepción ecologista es un humanismo

basado en el respeto de la naturaleza y, en cierto modo, como vimos, una reflexión sobre el puesto del hombre en el cosmos. Por consiguiente, el ecologismo, como movimiento antes que como partido, se integra con elementos diversos, a saber: elementos neorománticos en el estilo de sus manifestaciones; desconfianza del Estado y de sus aparatos de poder; exaltación de la pasión y del sentimiento aplicadas al culto de la naturaleza como entorno vital; actitud telúrica, es decir, afirmación del influjo del suelo sobre sus habitantes; preocupación por el futuro de la humanidad ante la devastación del ambiente.

Prescindiendo de antecedentes remotos, ya mencionamos a J. J. Rousseau como precursor de los ecologistas. En la misma línea se situó Thoreau y, en general, el movimiento anarquista. En la cosmovisión ecologista, se denuncia la depredación de la naturaleza producida por las actividades irresponsables de la industria y la tecnología pasadas y contemporáneas: la adulteración de los alimentos; la amenaza global de los experimentos nucleares; los peligros de las centrales atómicas.

Además, el maltrato de los animales y su extinción. Estos deplorables efectos han suscitado críticas de científicos, pensadores y dirigentes alarmados. También las iglesias cristianas y otras confesiones claman por el cuidado del entorno vital ²².

Los ecologistas desconfían de las autoridades nacionales e internacionales porque, a pesar de los acuerdos y de las directrices de la ONU y de la Unión Europea, sus decisiones en este asunto son discontinuas, cuando no ineficaces o aplicadas con retraso irresponsable. Esto contrasta con los mandatos constitucionales (artículo 45 CE), cuyo incumplimiento es frecuente.

En conclusión, el ecologismo, además de sus caracteres más arriba indicados, es pacifista, antirracista, feminista. Son como *misioneros laicos* que ejercen un apostolado loable, porque su objetivo estriba en el respeto y defensa del entorno vital, de la naturaleza, para promover y mejorar la supervivencia de la humanidad.

No ha de extrañar que entre sus partidarios figuren contingentes jóvenes, entusiastas, a quienes ha de apoyar el Estado y la sociedad. Además, es un medio eficaz para apartarlos del consumo de las drogas y mejorar la calidad de vida ²³.

²² Cfr. WILHELM DREIER, «Ética Social», en *Diccionario de conceptos teológicos*, pág. 372. Sobre la Bioética, cfr., ROBERTO ANDORNO, *Bioética y dignidad de la persona*, Tecnos, Madrid, 1998.

²³ Todavía es pronto para comprobar los resultados obtenidos en Alemania con la participación de los verdes en el gobierno. Habría que calificarla cuando no se integran en un partido y no participan en los procesos parlamentarios: ¿son organizaciones no gubernamentales o grupos de presión?

•ESTAR• EN LA DERECHA, EN EL CENTRO O EN LA IZQUIERDA

Ya vimos que la ubicación de los partidos en la concurrencia política no depende siempre de su denominación oficial, ni del espacio cartográfico que se les adjudica por los *media*.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la expresión *derecha* no suscitó adhesiones porque se la consideró colaboracionista con los partidos fascistas, nacional-socialistas y similares. En contraposición, «estar» en la izquierda entrañaba ser progresistas, innovadores y, en el caso extremo, revolucionarios.

•SER• Y •ESTAR• EN LOS PARTIDOS, Y PROCESO DE ORIENTACIÓN POLÍTICA

Concepto de orientación política y partidos

Hace tiempo, me ocupé del tema orientación política ²⁴. Entonces, partiendo de uno de mis autores favoritos, Rudolf Smend, y teniendo presente la doctrina italiana, con Crisafulli ²⁵, iniciador de este asunto, la definí así: «Predeterminación ideológica de las finalidades político-sociales que atañen al Estado-comunidad, a cuya realización tiende la actividad de los órganos estatales correspondientes». Las fuerzas políticas (partidos, sindicatos, organizaciones empresariales y los *media*) es claro que influyen en ella.

El proceso de orientación política depende, así, de las interrelaciones entre el Estado-aparato y el Estado-comunidad mediante la representación política (elecciones generales, en las comunidades autónomas, municipales y elecciones comunitarias europeas).

El proceso de orientación política depende de la interrelación Estado-aparato/Estado-comunidad a través de la representación política. Es importante distinguir entre representación y representatividad ²⁶.

²⁴ Cfr. PABLO LUCAS VERDÚ, *Principios de Ciencia Política*, tomo II, *Estructura y dinámica políticas*, Tecnos, Madrid, 1969 (págs. 118 y sigs. 217 y sigs.), y *Curso de Derecho Político*, vol. II, Tecnos, Madrid, 1986 (págs. 227 y sigs.; 237 y sigs.; 458 y sigs. y 491).

²⁵ VEZIO CRISAFULLI, *Per una teoria giuridica del indirizzo politico*, STV, Urbino Università degli studi, 1939.

²⁶ Sobre la representación política, cfr. la obra clásica de GERHARD LEIBHOLZ, *Das Wesen der Repräsentation unter besonderen Berücksichtigung des Repräsentative System*, Walter de Gruyter, Berlín y Leipzig, 1929. He desarrollado más ampliamente estas ideas en mi *Curso de Derecho Político*, vol. I,

La primera es una técnica que se basa en procedimientos electorales, controlados por los partidos para designar a la clase política que integrará las cámaras parlamentarias, en tanto que la *representatividad* se funda en valores reconocidos por la Constitución y concretados en las leyes y reglamentaciones correspondientes. En este sentido, una representación política será más auténtica si se fundamenta en los valores que propugna el artículo 1.1 CE y consigue concretarlos.

Ahora bien, es notorio que la intersección de los partidos en el proceso electoral y en el Parlamento mediante listas cerradas y bloqueadas, e incumplimiento del mandato constitucional del artículo 67.2 CE, falsean los procesos electorales y parlamentarios mediante las cuotas del poder (partidocracia). Por consiguiente, la función de formaciones políticas minoritarias queda reducida salvo si apoyan mediante pactos previos, como es el caso del PNV, de Convergencia y Unión o de Coalición Canaria, al gobierno del PP. No dejarían de *ser* de derecha, de izquierda o de centro, si este existiese con independencia, pero su *estar* en la dinámica política quedaría reducida en el Parlamento central, aunque hay que recordar la presencia del PSOE en el Parlamento Vasco hasta que, antes de las últimas elecciones vascas, formó parte del gobierno con el PNV.

No es improbable que una *Grösse Koalition*, que a veces se produce en momentos de graves crisis económicas, de amenaza de un conflicto internacional o en casos semejantes, desconcierte a la opinión pública, máxime si no consiguió resultados satisfactorios. Puede ocurrir que, una vez acabados tales eventos, algunos de los integrantes del gobierno de coalición sufran un significativo castigo en las siguientes elecciones. Para algunos electores, el partido que votaron perdió sus señas de identidad, y ya no *es su partido*, aunque éste opere en el juego político. A juicio de aquéllos, las concesiones recíprocas cuando gobernaban le han desvirtuado, de suerte que recurren a la abstención.

Creo que el centrismo es virtual, por lo menos en España, ya que, por razones tácticas electorales, los partidos mayoritarios se esfuerzan en atraer los votos virtuales. Su papel en la cartografía electoral sería el centro de la circunferencia. No lo es porque, teóricamente, su pretensión de «estar» o «ser» centrista es difícil. Bascularía unas veces a la derecha y otras a la izquierda según la coyuntura política. Si se supone que su carácter y *ethos* estriban en la ponderación prudente, en equidistar de la derecha y de la izquierda. Los vuelcos espectaculares

cit. (págs. 175 y sigs., y 201 y sigs.), relacionándola con la participación política. *Cfr.*, también al mencionado LEIBHOLZ, *op. cit.*, págs. 46 y sigs.

hacia una u otra de las direcciones mayoritarias demuestran la falta de convicción en su propio ideario.

El hecho de que la derecha y la izquierda pugnen presentándose, respectivamente, afirmando que la derecha es un centro reformista y la izquierda un socialismo centrado, responsable, y la inestabilidad de no «ser» de izquierda ni derecha porque se «está» en el centro en el escenario político, ponen en peligro su situación y actividad como partidos diferenciados e independientes. En otras palabras: el peor enemigo del centrismo es el cambio, a bandazos, según la coyuntura.

El centro «virtual» y el centro «real», la tesis del diputado Julio Anguita

a) El 6 de septiembre de 1998 el diputado de Izquierda Unida Julio Anguita publicó en el diario *El Mundo* un interesante artículo, titulado: «El centro virtual», que merece comentario.

b) No pretendo alabar, ni criticar, la argumentación desarrollada por este conocido político. Me esforzaré en mantener una posición lo más objetiva posible, si bien, como indiqué en páginas anteriores, la objetividad en cuestiones políticas concretas es difícil. Me ajustaré a la tradición universitaria que exige, a los profesores, la mayor ponderación científica.

c) Considero acertado el título del artículo mencionado: el *centro virtual*. En él late la disyunción entre el centro «virtual» y el centro «real»²⁷ que aplica en su escrito.

«Virtual» significa lo que existe en potencia, o como disposición no manifiesta, susceptible de manifestarse. Según esto, Anguita se esfuerza en diferenciar el centrismo real del virtual, desvelando lo que, a su entender, son el centro, la derecha y la izquierda.

Una virtualidad que, en el fondo, enmascara la auténtica realidad del centrismo del PP y del PSOE. Según esto, y siguiendo un análisis neomarxista, «las fuerzas políticas sustentadoras del sistema derivado del pensamiento único llaman cen-

²⁷ Cfr. el libro de PIERRE LEVY, citado antes.

tro simplemente a una realidad virtual que pretende hacer evocar en el pensamiento de los electores el beneficio del justo medio, de la moderación y del equilibrio».

Siguiendo esta tesis anguitiana, ¿cuál es la realidad del centrismo, que tanto el PP como el PSOE pregonan como contenido programático?

d) Antes de contestar a ese interrogante, conviene distinguir entre *realidad ilusoria* y *realidad efectiva*. La primera –si interpreto bien la argumentación de Anguita– es un *slogan* para atraer votos. La segunda es la que, en el fondo, desvela cualquier ilusión electoralista. Lo anterior se corrobora en el siguiente texto del autor: «La derecha al autocalificarse de centro no hace sino asumir unos presupuestos que no necesita conculcar porque su orden económico, social, político e ideológico se ha impuesto. Su viaje al centro no conlleva una renuncia del sistema económico vigente porque el orden que se impone es el suyo, el de la supremacía, la inexorabilidad y la supuesta irreversibilidad del proceso de globalización económica y su fuerza motriz: la competitividad».

En cuanto a la izquierda –afirma– es la que «... hace el viaje arrojando los contenidos, las propuestas y los fundamentos que recogidos en las constituciones y en las declaraciones solemnes y universales, han supuesto un esfuerzo y una lucha tremenda por parte de los oprimidos durante muchos años».

Los textos que acabo de reproducir me recuerdan las tesis de Mosca, Pareto y Michels, principalmente las del primero sobre la *fórmula política*, recurso eficaz para explicar y persuadir a los ciudadanos para que obedezcan a los que disponen del poder.

Reflexionando sobre el escrito de Anguita, me planteo: ¿No estamos ante un análisis político agudo, doctrinal, ciertamente descarnado, del centro virtual programado por dos partidos mayoritarios? Es, entonces, imposible la existencia de un partido centrista independiente, y no un rehén de la derecha o de la izquierda? Y si no se niega aquella posibilidad, ¿sería también un centrismo virtual, ilusorio, que tácticamente apoyaría, según las circunstancias, a uno u otro partido?

Derecha, izquierda, centro: ¿Tricotomía evanescente?

a) De entrada, nos planteamos que hablar de derecha, centro e izquierda como fenómenos reales, no virtuales, en momentos finiseculares parece una

rutina, si consideramos que en el presente, y acaso en el futuro, debido al pensamiento único –si no me equivoco– es producto de las condiciones socioeconómicas actuales.

b) La derecha y la izquierda siguen, con ligeras variantes, semejantes políticas socio económica, antiterrorista e internacional.

c) En cuanto a la organización territorial del Estado, la izquierda estatal se inclina al modelo federal.

d) Por lo tanto, la identificación de la derecha y de la izquierda son ahora *evanescentes* en la medida en que después de la desaparición de la URSS, las actitudes que les calificaban son más o menos intercambiables. Sólo se diferencian en la lucha denodada por obtener y mantenerse en el poder.

e) En cuanto a la moderación centrista, si buena parte de sus postulados y finalidades ha sido asimilada por los dos partidos mayoritarios, parece que, de momento, caso que existiese en nuestro país, no cuenta con posibilidad clara.

CONCLUSIÓN

Si se me pregunta cuál es mi posición –de derecha, de izquierda o de centro–, respondo de este modo:

a) Mi postura, mejor, mi *sentir*, es irrelevante. Carece de interés.

b) No obstante, mantengo en mis escritos la adhesión al pensamiento iusnaturalista personalista-comunitario y ,además, crítico de las injusticias sociales. Sostengo que debe concretarse el artículo 9.2 CE. Por ello, critico su incumplimiento. Así, alguien podría decir que pertenezco a la izquierda, y si sostengo que es menester mantener la Constitución, desconfiando de las propuestas reformadoras, se me considerará de derechas. Me objetarían que entonces sería centrista, ambivalente. No es así. Los intelectuales, y en mi caso los profesores, conviene que nos alejemos de las lides políticas y sólo opinemos en el caso de graves injusticias o de ataque a la dignidad humana y a los derechos inviolables que le son inherentes (artículo 10.1 CE). No me arrepiento de mi pertenencia pasada a un partido de izquierda que desapareció al ser absorbido por el PSOE. En el programa de aquél introduje afirmaciones que no herían a mis creencias cristianas.

c) Por último, considero que las mencionadas contraposiciones derecha-izquierda y, si existiera aquí, el centro independiente, corresponden al *pensamiento fuerte* que va cediendo el paso al *pensamiento débil*. Si esta tesis filosófico-política es certera, entonces las posiciones derecha e izquierda serían obsoletas ²⁸.

²⁸ Cfr. el acertado editorial: «El centro político y necesidad y entelequía», en *Razón y Fe*, núm. 1205, marzo, 1999 (págs. 231-236). «Cuando vemos a todos los partidos correr como poseídos hacia él, el centro se nos antoja un concepto plano, un *desideratum* universal, una *entelequía* en el sentido aristotélico (= estado y tendencia hacia la perfección), pero, al no poder describirlo en términos de contenido positivo, el centro se convierte en algo etéreo, inaprensible, inexistente, es decir, en verdadera *entelequía*, en el sentido más actual de esta palabra».

